

**FR. GERUNDIO.**

**ABRESE LA DISCUSION.**

ORDEN DEL DÍA.

LOS ASUNTOS QUE QUEDARON PENDIENTES.

Quedaron pendientes las cabezas de Madrazo y de Rivera; es decir, señores; se suspendió la sesión anterior cuando iba á hablar de los retratos de estos dos distinguidos artistas hechos mutuamente el del uno por la mano del otro, excelentes ambos, llenos de naturalidad y espresion, y que bastarian á acreditar á sus autores, aun cuando alli mismo no pregonasen en sublime silencio sus glorias artísticas otras obras mas atrevidas, mas complicadas, de mas ingenio y mas difícil creación.

Testigo el cuadro del Sr. Rivera que se en-  
Tom. VIII.

encuentra en la sala segunda cuyo mérito ensalzan  
 unánimemente todos los inteligentes, y le colo-  
 cábala primera línea de las de la *exposición*. «Se-  
 ñor, dijo Tirabeque al verle; ¿quién será ese po-  
 bre con tantas barbas que llevan á ajusticiar?  
 Ese será algun ladronzuelo de chicha y nabo ó  
 raterillo de mala muerte; que si él fuera ladron  
 de provecho, y hubiera robado *para todos*, no le  
 llevarian á ahorcar.—¿Pobre, dices? Sí, sí, caha-  
 le un ciento. Sábete que era hombre que se ase-  
 gura tenía doscientos mil ducados de renta.—  
 Señor, entonces esta fiesta que ha pintado el her-  
 mano Rivera no es de nuestros días; que hoy fe-  
 cha un hombre que tenga doscientos mil ducados  
de renta es capaz de hacer ahorcar la justicia  
misma, cuanto mas ir él á la horca.—Ya se ve  
 que no es escena de esta época, sino de princi-  
 pios del siglo XVII, como puedes conocer por los  
 trages de la comitiva, pues ni los alguaciles, ni  
 el verdugo, ni el pregonero visten ahora de la  
 forma que aqui los ves pintados.

—¿No has oido alguna vez hablar de D. Rodri-  
 go el ahorcado?—Si señor, he oido decir mu-  
 chas veces: «tiene mas vanidad que D. Rodri-  
 go en la horca: va mas lleno de hacienda que  
 D. Rodrigo á la horca.» ¿Es ese D. Rodrigo aca-  
 so?—El mismo, Tirabeque; ese es el famoso don  
 Rodrigo Calderon, marqués de Siete Iglesias, el  
 hombre mas orgulloso de su tiempo, y cuya des-  
 medida soberbia le atrastró de crimen en crimen

hasta conducirle al cadalso, que es el acto en que está aquí con tanta propiedad y maestría representado. ¿Ves al pregonero en actitud de leer la sentencia de muerte? —Si señor; debe ser este que está aquí con este papel en la mano.—Es verdad; pues mira si sería pájaro de cuenta el tal D. Rodrigo, que dice la historia que contenía su sentencia doscientos cincuenta capítulos de acusación.—Señor, páreceme que debió ser un hombre muy tonto ese señor de las siete iglesias, que no sé para qué quería tantas, diga vd. de él lo que quiera. Pues siendo como vd. dice que era un hombre tan pudiente, ¿tenía mas que haberse hecho ministro, y entonces eso se le podía dar que le acusaran de doscientas cincuenta picardías como que le achacáran doscientas cincuenta mil? Bien tanto le debió volver tanto dinero para no haberle ocurrido hacerse ministro y estar seguro de las manos de la justicia.—Pues si fue ministro de estado del rey Felipe III.—Señor, ¿ministro de estado y le ahorcaron?! Desde este momento me hago retrógrado, y voto por los tiempos de Felipe III.

No bien había acabado Tirabeque de pronunciar estas palabras, cuando le dió gana de mirar á la sala tercera, y hete aquí que frente por frente de la puerta y de nosotros divisa el retrato de nuestro actual ministro de estado D. Evaristo Perez de Castro, que como obra de mi amigo D. Vicente Lopez, primer pintor de cámara, tan sobresaliente en la parte artística, á acaso mejor dicho, fue-

to ó instinto del *manejo de colores*, no le faltaba más que hablar. «Venga vd. señor ministro, le decía Tirabeque, como si hablase con el modelo; venga vd. acá, vd. que dicen que es tan retrógrado, y vea vd. cómo trataban á los ministros en otros tiempos.»

Pintado el Sr. Perez un tanto recostado sobre unos libros y con el dedo índice de la mano derecha en la mejilla, parecía ó bien que estaba meditando en lo que Tirabeque le decía, ó bien que cabilando sobre las muchas navidades que cuenta estaba como decía el poeta,

«Contemplando,  
como se pasa la vida,  
como se viene la muerte  
tan callando.»

Acercámonos á él, y habiendo leído el rótulo del libro sobre que descansaba el codo del ministro, le dije á Tirabeque: «¿á que no sabes, Pelegrino, qué libro es este del tafílete verde sobre que se apoya el hermano Evaristo?—Señor, no sé.—Pues es el *TORRENO*.—¡Ay ay ay, señor! Buen acólito estará el ministro ese; dime con quien andas, y diréte quien eres.—Poco á poco, Pelegrino; que si acaso el tomo ese de *Torreno* es de su *Historia de la revolución de España*, no tienes que decir mal de ella, porque en mi entender es de lo mejor que en clase de historias he visto; y tanto, que cada vez que la leo no puedo menos de lamentarme que un hombre de tan buena cabeza no

tenga un corazón que le corresponda.—No era el corazón el que creía yo que no estaba en buena correspondencia con la cabeza, señor, sino las manos.—Cuidado, Pelegrín, no sea que lo que á él achacas sobrarle de manos te sobre á ti de lengua.

Fuimos mas adelante; y dejando á la izquierda una *Virjen* y un *Húsar* del mismo Lopez, y á la derecha diferentes cuadros del recomendable y ya otras veces por mi paternidad recomendado Don Genaro Villaamil, entre ellos una hermosa *Vista del interior de la iglesia de S. Andrés*, de buen efecto, y pintada con propiedad y habil distribución de luces, nos tropezamos de manos á boca con el Sr. Olózaga, es decir, con su retrato hecho por D. José Madrazzo, padre del jóven autor del *Godofredo*. El Sr. Olózaga tiene en la mano un papel enrollado que dice *Discurso*. El ponerle este *discurso* no se si habrá sido *discurso* del retratado, ó del retratista. De todos modos y sea de quien quiera, paréceme que le hubiera favorecido mas al Sr. Olózaga llevar el *discurso* en la cabeza que no en la mano.

Hallámonos en seguida con un cuadro aléjorico que vi-to por Tirabuzne, señor, me dijo, ¿quién será este borrachon que está aqui pintado? ¡Caramba y que coloradote está el maldito! No, estos colores no son de beber chufas ni limon del tiempo.—Vamos á ver; discurre tu quién será.—S ñor, este ó es el Dios Baco, ó es alguno que viene de Calatayud y ha sabido aprovecharse de las

fuentes de vino que ha habido allí abiertas en los días de las funciones por la paz. —Pues amigo, la has errado de medio á medio. Esta alegoría representa un sabio filósofo, á quien la virtud, simbolizada por esta niña, va á poner una corona de laurel en premio del desprendimiento con que mira las riquezas mundanas. Mirale como está pisando un talego lleno de onzas en señal del desprecio que le merecen, mientras con una mano rechaza la corona regia que le está ofreciendo aquel viejo. —¿Y por dónde sabe vd. eso, señor?—Por este papelito que ha tenido cuidado el autor de poner aquí abajo, que es el que descifra la alegoría. —Señor, ha hecho grandemente el pintor en poner ahí ese papel que lo explique, porque sino nadie dirá sino que este sabio era muy dado al vino. Y borracho debe ser mas que sabio el que en estos tiempos así da de patadas á los talegos de onzas, que sola con las que se le están saliendo por la boca habia para comprar un destimillo muy decente al precio que andan ahora, y aun con lo que queda dentro, segun el balumbo que hace, bien se podria sacar aunque fuera una intendencia de las de primera. —Tirabeque, ¿á que eres tu el borracho? Recóje esas espresiones, y cuidado como se habla. —Digame vd., señor, ¿y quién es el autor de este cuadro?—Nadie, Tirabeque; los cuadros malos no tienen autor. Y vamos andando, que nos estamos deteniendo mucho.

Entramos en la sala cuarta, en donde entre

otros retratos, obras de D. Antonio Gomez, acreditado artista y jóven de las mas bellas disposiciones, me encontré con los de mi amigo Breton de los Herreros y su señora, los cuales nadie que haya visto una vez los originales los podria desconocer. «Vamos, le dije á Tirabeque, todos estos cuadros son del mismo Gomez: á ver cual de ellos te parece mejor ó te gusta mas.—Señor, la verdad, lo que mas me gusta es esta lechera de cuerpo entero.—Ola! la aldeanita esa, he?—Ay señor! que tiene unos ojos, y una cara, y un todo...! Mírela vd. bien, señor; ¡con que aire marcha la hija de su madre con el cántaro de leche en la mano y el queso debajo del brazo! que á qué precio lo querrá vender que no encuentre quien se lo pague sin regatear? y eso que va descalza de pie y pierna, la pobrecita, que de buena gana la prestará yo mis zapatos si la vinieran, para que no se lastimára los pies, que mas quisiera que me pisára con ellos el corazon que no que se los lastimára contra las piedras ó el duro suelo.—Pues ya que tanto te gusta la aldeanita, á ver si aciertas quien es.—Señor, yo conozco una señorita que no le quita tajada á esta moza; pero aquella es una señorita muy fina que no se dejaria cila ver las piernas de nadie por cuanto hay, cuanto mas traerlas así al aire y á la vista de todo el mundo.—A ver; ¿quién es esa que tanto dices que se le parece?—Señor, la que yo digo es nada menos que una Duquesita; es una hija del Duque de la Roca.—

Amigo, has dado un golpe magistral, que así prueba tu buen ojo como honra la mano del artista, porque efectivamente es el retrato de la hija del Duque de la Roca.—Señor, eso sí que no lo creo; ¡así la habian de haber ido á retratar! También hubiera sido buen capricho.—¿Qué quieres? Restos de los gustos de la antigua aristocracia. Los Grandes, Tirabeque, han hecho siempre alarde de ser caprichosos: cuanto mas raras y mas diferentes de las del pueblo eran sus costumbres, mas Grandes les parecia ser ellos: y yo tengo para mí que los Duques de la Roca habrán querido dar una prueba *pintoresca* de su grandeza con hacer retratar y *exponer* en la academia á su hija en traje de aldeana (y aldeana francesa, que es circunstantia) con el cántaro, y el queso y los pies desnudos.—Señor, entonces ya no la miro mas, porque como dice el refran; «la que no es de tu esfera, no mires á ella.»

Dijo: y acercándose á uno de los balcones de la misma sala, empezó á llamarme con precipitacion; «Señor, señor, venga vd. acá, que aqui estoy yo.—Y hien; yo estoy aqui, que soy mas que tu.—No señor; si vd. tambien está aqui.—¿Estás loco, hombre? ¿Pues no me ves en este sitio?—Señor, le digo á vd. que estamos aqui los dos juntos, y vd. me está llenando á mí la medida.—La de la paciencia me estás tu llenando de hote en hote con tus majaderias.—Señor, venga vd. y verá vd. como está aqui.—Yo lo creo; si voy allá, ya

se vé que estaré.» — Me acerqué á fin de satisfacer la tenacidad de Tirabeque., y era un cuadro ó coleccion de diferentes láminas grabadas en madera, entre las cuales había colocado el grabador D. Jesus Avrial varias de las estampas de Fr. Gerundio y Tirabeque, entre ellas la de la *medida* que él decia, la del caldo á la viuda, y otras; resultando así que efectivamente yo estaba donde estaba, y estaba al mismo tiempo donde decia Tirabeque.

Nada nos llamó la atencion en la sala cuarta sino un cuadro titulado *La familia de un patriota*. Muchas desgracias parecia haber sufrido aquella pobre familia, pero la mayor de todas en mi concepto era la de haber caido ella en manos de tal pintor; fatalidad que deberá llorar eternamente. Y ciertamente que no deberá haber ocasionado los defectos de la obra la falta de modelos, pues á casa de cualquier patriota que se hubiera tomado la molestia de llegarse el autor, no hubiera tenido mas que copiar en el lienzo el cuadro lastimoso que su familia presentase al natural. Para hacer cuadros de esta clase mas le dá el naipe al gobierno que á los pintores.

Alli se vé un nacional en el acto de disparar el fusil. No sé por qué este nacional no ha de estar dado de baja, pues no hay mas que mirarle las piernas para conocer á la simple vista y sin necesidad de dictamen de los facultativos que es inutil para el servicio: de tal manera se las ha es-

tropeado el pintor! No le falta ya al infeliz para colmo de su desgracia mas que tener que continuar sirviendo en la milicia si se aprobara el nuevo *Proyecto de ley* de Carramolino. Si tal como és se aprobase, lo que no puedo creer, no necesitábamos mas que á Carramolino y al pintor de aquel cuadro para acabar con la milicia nacional del reino.

Pasamos rápidamente por las demas salas, en donde me dijo Tirabeque; «Señor, aqui me parece que hay muchos cuadros que no tienen autor.»—En efecto, Pelegrin: tal me parece á mí tambien.—Y asi era en verdad, porque entre algunos en mi entender buenos, se veía uno que representaba *Los estudios de un pintor*, que mas parecian *olvidos* que *estudios*. Habia otra gran lienzo, en que figuraba una *gran señora* en actitud de ir á servir unas tazas de té ó café.—«Señor, me decia Tirabeque; ¿no tendrá esta señora una mala criada que sirva el té, y no que hacerlo por sí misma?—Bien se conoce, Pelegrin, que no estás enterado de las costumbres inglesas. No está el defecto en que falte la criada, sino en haber hecho una tan mala señora.

Lleno estaba el entresuelo de gente; sin embargo allá nos metimos, y tambien le pasamos nuestra revista-inspeccion. Lo mas notable que aqui encontramos fueron varias obritas hechas por jóvenes aficionadas. Ya antes habian llamado migerundiana atencion algunas miniaturas muy bien

exhibidas de la joven académica *doña Asunción Crespo*, así como una *Magdalena* de la señorita de *Oñate* y algun cuadrillo de la señorita *Weis*; y aquí ví otros de las señoritas *Eguizabal*, *Obispo* y otras, bastante regulares en mi corto entender. «Vamos, Tirabeque, ¿cuál de estas autorcitas te parece de mas mérito?—Señor, la que mas me gusta es un modelo que está aquí detras de nosotros, que me parece el mejor cuadro de toda la coleccion.—¿Cuál dices, hombre?—Esta, señor.—¡Ah bribon! A eso mirarás tu mas que á los cuadros.» =Era en efecto una linda joven la que Tirabeque me señalaba.

Bajamos por ultimo al patio, unico departamento que nos restaba ver. Algunos en este patio tal como está ahora, nõ ven mas que pinturas: yo vi en estas pinturas una verdadera imagen de lo que hay realmente en el mundo, esto es, poco bueno y mucho malo. Lo menos peor del patio es la gente pobre. Hay en frente un mendigo entre cuatro caballeros (por supuesto todos cuadros diferentes) cuyo sombrero aunque viejo y malo vale mas que los cuatro elegantes con todas sus ropas nuevas y sus anillos. En el lienzo de la derecha se ve la cabeza de una pollina que lleva una huevera que en mi sentir vale mas que una señorita que está en otro cuadro tocando el piano. Justamente tengo yo ahora el encargo de comprar un piano arregladito, pero aquel no le compraria aunque me le dieran en tres rs. y medio, porque las

trazas son de ser una carraca; de consiguiente determine salirme por no oír aquella música ó porque no me cayera encima, porque está tan mal y tan desniveladamente colocado el instrumento que parece que se está cayendo del cuadro, y era muy de temer que sucediese lo que con el que se cayó en el Liceo la última noche de sesión de competencia.

Vamos, vamos Tirabeque. ¿Qué es eso? ¿qué estas ahí mirando tan entretenido?—Señor estoy mirando el retrato de este oficial de granaderos que me parece que le he de conocer yo.—Facil será que le conozcas.—Me parece que ha de ser uno de los prisioneros de Pardiñas que luego que fueron rescatados pidieron ir voluntariamente al sitio de Tales.—No pues te equivocas, porque ese está vestido y aquellos están desnudos; como que contando con que les darian siquiera una paguita encargaron unas levitas de poco precio al sastre *Torroba*... ese sastre que vive en la plaza mayor hombre.—Si señor, sí; ya se.—Y hoy no pueden ir á recogerlas por la sencilla razon de que no tienen con que pagarlas. Eso ha estado gracioso, Tirabeque; á sus compañeros de prision que se vinieron aquí derechos les han dado una paga; y á los veinte y tantos que se ofrecieron voluntariamente y por puro patriotismo á ir al sitio de Tales con sus mismas ropitas viejas de paisanos, por premio del heroismo con que allí se condujeron no les han dado mas que media.—¿Vamos, vamos, señor que hasta en las pinturas

ha de estar uno viendo milagros del gobierno.  
=Y nos salimos.

Muchas mas observaciones nos ofreció le *Exposición de la Academia* pero ya me he estendido mucho; y no cuento mas, por no estenderme mas

---

LOS ARTICULOS DE LA FÉ.

---



Arrazola quiere ser mas que Jesucristo. Si señor, y lo pruebo. Jesucristo fue infinitamente misericordioso, y Arrazola quiere ser *mas que infinitamente* misericordioso. No hay sino leer el cap. 12 de san Mateo para dar la razon á Fr. Gerundio. Léase en él la ley de *amnistia* que allí comunicó el Salvador á sus discípulos, y léase despues el proyecto de ley de *amnistia* que comunicó Arrazola al Senado el dia 30 de setiembre. El Hombre-Dios hizo una restriccion; el hombre-ministro ninguna: el Dios de Gracia y Justicia dijo: «Todos los delitos serán perdonados, pero la blasfemia contra el espíritu santo no se perdonará ni en este mundo ni en el otro: *non remittetur neque in hoc sæculo neque in futuro*:» el ministro de Gracia y Justicia dice: «puerta franca para todo el mundo: pelillos á la mar, y aqui no hay mas cera que la que arde: *amnistia general y completa*: yo no reconozco blasfemias que exceptuar. Castellano soy; açcha es Castilla: perdonado todo, y no se hable

mas de la materia.» Dijo que Arrazola queria ser mas que Jesucristo y está probado.

Llamo *los artículos de la fé* á los artículos de su proyecto; no porque su materia tenga identidad con el símbolo de los apóstoles, ni con la fé de Nicéa ó la de Constantinopla, sino, lo primero por la circunstancia de ser catorce como aquellos, y lo segundo porque se necesita tener vendados los ojos del entendimiento como se pinta el emblema de la fé para pasar por ellos.

Aunque no hubiera en el proyecto mas artículo digno de recomendacion que el 3º, bastaria este solo para inmortalizar la ley. «*Los que por causas políticas (dice) se hallen en el extranjero podrán entrar libremente en el reino sin que sean molestados ni perseguidos por tales causas por ninguna autoridad.*» Efectivamente, mejor parece cada uno dentro de su casa que no corriendo la torreja por esos mundos, haciendo gustos. Y como mi amigo D. Carlos es uno de los que por causas políticas andan viviendo de huéspedes allá por Bourges y aquellas tierras, este artículo me va á proporcionar, á mi Fr. Gerundio, el gusto de conocerle personalmente. Ya suplico desde luego á los que ya le conocen, que el primer dia que D. Carlos salga á pasear al Prado tengan la consideracion de dejarnos á los que no le conocemos sitio para poderle ver. Yo bien sé lo que suele suceder en semejantes casos; todo el mundo quiere ser el primero, la jente se agolpa, y el resultado es que na-

die ve á gusto. Me parece pues que por un dia siquiera las que ya le conocen deben tener esa consideracion con nosotros. Y para poder satisfacer mejor esta justa curiosidad, me atreveria tambien á suplicar á D. Carlos, que por unos dias no saliese en coche, sino á caballo para poderle ver mejor.

«En coche! dirán algunos: como si estubiese él para arrastrar coche despues de seis años que le tienen secuestrados todos los bienes.» Esta dificultad ya la tiene obviada la prevision de mi amigo y paisano Arrazola por medio del artículo 5º de su proyecto, que dice asi: *Alzarse los embargos y secuestros decretados por causas políticas: los bienes embargados ó secuestrados volverán al dominio de sus dueños &c.* Y como que en el artículo no se hace escepcion alguna, claro es que comprende los bienes del ex-mal-aconsejado Príncipe.

«Yá, (me replicarán), pero un señor acostumbrado á presentarse en público como Infante de España, no es regular que aunque venga tenga la suficiente filosofia para presentarse despojado de sus títulos de infante y de los derechos á la corona, á lo menos en faltando, si llegasen á faltar, las dos niñas.» =¡Lo que es no entenderlo! Estos que así hablan se conoce que no han leído el artículo 6º del proyecto de amnistía. No; en esta parte estan tan bien aiados los cabos, que no se ha escapado ni una hebra á la prevision de mi amigo Arrazola y de la comision que á redac-

tarle contribuyera, porque dice el 6º.

*«Las personas comprendidas en ella serán reintegradas en sus derechos políticos y civiles, sin nota de ningún género que pueda perjudicarles, recobrando además los grados, honores y condecoraciones que tenían por el estado, cuando por motivos políticos se vieron privadas de ellos &c.»*

De consiguiente la persona de D. Carlos comprendida en ella será reintegrada de todos los derechos que tenía antes de hacer esas travesuras y esas tonterías que ha hecho; por consecuencia volverá á ser Infante y se le restituirán sus derechos de sucesion á la Corona. Cuando digo que no se les ha escapado un tilde á los autores del proyecto de amnistia...

Y vendra el Obispo de Leon y le veremos salir de paseo con el Sr. Arrazola.—A Dias Sr. D. Lorenzo, ¿como está vd.?—No tengo novedad.—¿Y vd., Sr. Abarca?—Muy bien.—¿Se volvera vd. á su silla de Leon, he?—No sé; regularmente: á no ser que aqui el hermano Lorenzo quiera *utilizar mis servicios con arreglo á mis meritos* según la última parte del art. 6º de la ley de amnistia, confitiendome alguno de los arzobispados vacantes.

Lo que hace que mi Paternidad sale en ropage mas largo pareceme que me falta mas papel para decir lo que quisiera teniendo siempre que cortar á lo mejor.